

Revista de Ciencias Sociales

Vol. VII

Diciembre, 1963

Núm. 4

LA EMIGRACION PUERTORRIQUEÑA ¿SOLUCION O PROBLEMA?

JOSÉ L. VÁZQUEZ CALZADA*

LA reducción radical observada desde 1957 en la emigración parece estar causando serias preocupaciones entre los altos funcionarios de nuestro Gobierno. La presente administración, que casi desde sus comienzos apenas si tuvo que preocuparse por el problema poblacional, debido a una emigración en masa de puertorriqueños a los Estados Unidos, de momento se encuentra cara a cara con nuestro viejo enemigo.

La población, que para principios de siglo era de poco más de 950,000 personas, casi se dobló para 1940 cuando alcanzó la cifra de 1.870,000 habitantes. El ritmo o tasa de crecimiento poblacional que para el período de 1899-1910 fue de 1.5% por año, subió consistentemente durante las décadas siguientes hasta alcanzar un máximo de casi dos por ciento anual durante el período de 1930-1940. Al mismo tiempo Puerto Rico era una de las áreas más densamente pobladas del mundo. En 1940, habitaban sobre la Isla como promedio, alrededor de quinientas cincuenta personas por cada milla cuadrada de territorio. Por otro lado, las condiciones políticas, sociales y económicas eran por no hablar mucho, sencillamente deprimentes.

Mucho se habló, se discutió y se escribió entonces sobre el grave

* Catedrático Auxiliar de Bioestadísticas, Escuela de Medicina de la Universidad de Puerto Rico.

problema poblacional, y entre los que hablaban y se preocupaban en aquel entonces estaban muchos de nuestros líderes de hoy. Fue también durante esa época, en 1937 para ser más precisos, cuando se aprobaron las controversiales y ya famosas leyes que permiten la enseñanza y práctica de métodos contraconceptivos en Puerto Rico.

En 1940 sube al poder el Partido Popular Democrático y sus primeros años en la gobernación del país coinciden con la Segunda Guerra Mundial, que irónicamente produce un extraordinario florecimiento económico en la Isla. Unido a esto, el ingreso en las fuerzas armadas de los Estados Unidos de millares de puertorriqueños, hace olvidar un poco el problema poblacional. Terminada la guerra, comienza entonces uno de los más grandes éxodos de población que registra la historia. Aún cuando ya desde principios de siglo ocurría alguna emigración de puertorriqueños, para 1944 sólo habían dejado nuestras playas poco más de setenta mil individuos, para un promedio aproximado de dos mil personas por año. Entre 1945 y 1949, sin embargo, emigran ciento treinticinco mil personas a un ritmo promedio de veintisiete mil anualmente. El "incidente" de Corea, y como resultado, la gran escasez de brazos en el mercado obrero de los Estados Unidos influye aún más en el éxodo. En 1952 y 1953 emigran, respectivamente, sesenta mil y setenta mil puertorriqueños, las cifras más altas registradas en la Isla. Durante el período de 1950-54 más de doscientos treintisiete mil isleños se mueven a los Estados Unidos, o sea, cerca de cuarentisiete mil por año. La emigración baja un poco durante el próximo quinquenio (1955-59), aun cuando ciento noventitrés mil personas emigran. En total entre 1945 y 1959 más de medio millón de puertorriqueños habían dejado nuestras playas.

Para tener una idea clara de lo que estos números significan y del porqué calificamos nosotros esta emigración como uno de los más grandes éxodos de la historia, resulta necesario traducirla a términos relativos. Para fechas anteriores a 1945, la emigración, en términos de la población total, era insignificante. Mucho menos de uno de cada mil emigraba cada año. Sin embargo, durante el quinquenio de 1945-49, más de doce de cada mil puertorriqueños emigraron cada año. En 1952 alrededor de treintidós de cada mil abandonaban nuestras playas. Aún cuando, en menor número, durante el período de 1955-59 de cada mil habitantes en la Isla, diecisiete se trasladaron a los Estados Unidos de América.

Si añadimos al total de emigrantes el número de hijos que éstos hubiesen procreado en la Isla de haberse quedado, llegamos a la conclusión de que entre 1940 y 1960 la Isla dejó de ganar alrededor de un millón de personas como resultado de esta emigración en masa.

Como consecuencia, el ritmo de crecimiento poblacional sufrió un considerable amortiguamiento entre 1940 y 1960. Durante la década de 1930-1940 la población creció un diecinueve por ciento. Sin embargo, el aumento en la década del cuarenta fue de diecisiete por ciento y de sólo seis por ciento durante el período de 1950 a 1960. Este seis por ciento de aumento observado durante el último período intercensal (1950-1960), representa un record en la isla, siendo la cifra más baja registrada en toda la historia censal que se remonta al año 1765, y sin lugar a dudas una de las tasas de crecimiento poblacional más bajas del mundo.

Sin embargo, desde 1957 hemos venido observando una reducción radical en las cifras de emigración. En 1961, por ejemplo, y por primera vez desde la época de la depresión, se registró en la Isla un balance de inmigración de alrededor de dos mil personas. En otras palabras, entraron a Puerto Rico, dos mil personas más de las que salieron. En 1962 la emigración subió a once mil personas, cifra muy inferior a lo observado durante la década del cincuenta. La experiencia de los primeros seis meses parece indicar que la emigración para el presente año calendario será insignificante o tal vez volvamos a observar un balance de inmigración.

Como consecuencia de esta reducción en la emigración neta, en enero de 1963 la población de la Isla sobrepasó la marca de los dos millones y medio. Al compararse con la población enumerada en abril de 1960, esta cifra representa un incremento de alrededor de ciento cincuenta mil personas en un período de dos años y nueve meses, crecimiento extraordinario, si consideramos que entre 1950 y 1960 la población sólo aumentó en ciento treintinueve mil habitantes. Esto es, durante los últimos dos años y nueve meses la población de la Isla ha crecido mucho más de lo que aumentó durante los diez años de la década de 1950 a 1960.

Nuestros gobernantes, desde luego, entienden lo que tales crecimientos poblacionales implican. Para el Departamento de Instrucción, por ejemplo, esto quiere decir más población en las edades escolares, más matrícula escolar y la necesidad de muchos más salones de clase y muchos más maestros. Para el Secretario de Salud, entre otras cosas, la necesidad de más hospitales y camas de hospital, más médicos, más enfermeras, etc. Sin embargo, tal vez el problema más serio resulte en la fuerza obrera. Como todos sabemos, entre los emigrantes predominan las personas en las edades de trabajo. Durante el período de 1950 a 1960 más del setenta por ciento de los emigrantes eran personas de quince a treinta y nueve años de edad. Por esta razón, una reducción radical en la emigración tiene un im-

pacto considerable en términos de la fuerza obrera. Además, Puerto Rico todavía, y a pesar del extraordinario progreso habido en términos de la calidad del empleo, tiene un grave problema de desempleo. En el presente, mucho más del diez por ciento de la fuerza obrera está desempleada y muy poco progreso al respecto se ha observado desde 1940. El programa industrial, repetimos, sólo ha logrado mejorar la calidad del empleo. Un rápido crecimiento poblacional, como el que observamos en el presente, hará muy difícil la solución del crónico problema del desempleo en Puerto Rico.

Ante esta grave situación se enfrentan hoy nuestros líderes políticos, economistas y planificadores, quienes ya se habían olvidado del problema poblacional y quienes muchas veces tildaron de "profetas del destino" a quienes a menudo les recordaban que el problema existía, aún cuando en forma latente...

El problema del rápido crecimiento poblacional en la Isla es más serio hoy que en el pasado. Esto se debe a que la mortalidad ha bajado mucho más que la fertilidad. Bastaría recordar que la tasa de mortalidad general bajó de alrededor de veinticinco muertes por cada mil habitantes a sólo siete durante el presente siglo. Por otro lado la esperanza o expectativa de vida del puertorriqueño aumentó de treinta a setenta años durante este mismo período. En otras palabras, la Isla goza en la actualidad de un nivel de mortalidad de los más bajos del mundo y sin embargo las tasas de fertilidad son tan altas que comparan con las que prevalecen en los países más atrasados. La tasa de incremento biológico o natural, la diferencia entre la natalidad y la mortalidad, que para principios de siglo era de la magnitud de quince adiciones anuales por cada mil habitantes, hoy está en los alrededores de veinticinco. Ésta última cifra es casi idéntica a la que prevalece en el resto de Latino América y en el continente Asiático, las dos áreas más "explosivas" del mundo desde el punto de vista poblacional.

Con respecto al problema que para el mundo entero representa el rápido crecimiento poblacional de esas áreas, el Dr. Frederick Seitz, Presidente de la Academia Nacional de Ciencias de los Estados Unidos, en un informe reciente de dicha academia se expresó en la siguiente forma: "El problema del crecimiento poblacional descontrolado se nos presenta como uno de los temas más críticos de nuestro tiempo ya que afecta el bienestar y la felicidad de todos los ciudadanos del mundo. Requiere la atención de toda nación y de toda sociedad; el problema no es menos grave para las naciones técnicamente avanzadas, que para las menos desarrolladas. Si vamos a enfrentarnos a este reto, tenemos que utilizar todo el conocimiento que

la ciencia y la tecnología nos puedan ofrecer con relación a las cuestiones sociales, culturales y bio-médicas envueltas." (Traducción de The National Academy of Sciences, *The Growth of World Population*, Washington, D. C. 1963.)

Lo que obviamente evitó un crecimiento poblacional extraordinario durante la pasada década fue el éxodo en masa de compatriotas, muchos de los cuales hubiesen preferido quedarse en su patria si ésta les hubiese ofrecido las debidas oportunidades de trabajo. El incremento biológico registrado en la Isla durante el período de 1950 a 1960 fue de un veintiocho por ciento. De este crecimiento, la emigración se encargó de anular casi cuatro quintas partes ya que la población sólo creció en un seis por ciento. Una población creciendo a un ritmo de veintiocho por ciento por década (2.8 por ciento por año) se duplica en sólo veinticinco años.

Desgraciadamente, la emigración no es, ni puede ser solución para el problema del desbalance entre población y recursos. La emigración puede, desde luego, aprovecharse para romper el círculo vicioso que usualmente existe entre las condiciones socio-económicas y el crecimiento poblacional en países altamente subdesarrollados como el Puerto Rico de 1940. Esto es, sirve para ayudar a darle el impulso inicial que necesita el desarrollo económico ya que alivia la presión poblacional y así, una mayor proporción del ingreso nacional puede dedicarse a inversiones económicas. Pero una economía saludable, no puede estructurarse sobre la premisa (explícita o implícita) de una perpetua emigración en masa. Hacer tal cosa resulta peligroso, a la larga, ineficiente desde el punto de vista económico y muy cuestionable desde el punto de vista humano y moral.

La emigración resulta ser un peligroso paliativo para el problema poblacional porque el volumen y aún la dirección de tales movimientos están fuera del control del área de emigración, en este caso, Puerto Rico. La emigración de puertorriqueños parece estar estrechamente asociada con la situación del mercado obrero y las condiciones económicas en los Estados Unidos. La correlación estadística entre el número de desempleados en los Estados Unidos y el número de emigrantes puertorriqueños para el período de las post-guerra es de 0.85. Este es un alto grado de asociación, si consideramos que una correlación perfecta entre dos factores variables resulta en un coeficiente de 1.0 y es cero cuando no existe asociación alguna. Los Estados Unidos, como cualquier otro país del mundo, no está libre de recesiones y trastornos económicos. Debido a nuestra dependencia económica (directa o indirecta) de los Estados Unidos, cualquier trastorno económico en este país se sentirá por lo menos en toda su

intensidad en Puerto Rico. Ejemplos de tal relación han sido, la terrible crisis del treinta y las pequeñas recesiones de los años 1954 y 1958. La situación de la economía de Puerto Rico, economía que ha dependido en gran parte de nuestra habilidad para deshacernos del exceso de población vía emigración, se torna aún peor debido al descenso que sufre la emigración en estas circunstancias. Y no debemos olvidar que durante el período de 1930-1934, de los cincuenta mil puertorriqueños residentes en los Estados Unidos, alrededor de nueve mil regresaron a la Isla en una época en que viajar era difícil y costoso. Una alta concentración de isleños en los Estados Unidos, en una época en que las tarifas de transportación son tan bajas y las facilidades excelentes, puede resultar en un "boomerang" para nuestra economía en un período de crisis en los Estados Unidos. Ahora mismo, los prospectos de emigración son poco halagadores. Esto es así, debido a que la fuerza obrera de los Estados Unidos sufrirá uno de los crecimientos más grandes de toda la historia de ese país, como resultado de la "explosión" de nacimientos (baby-boom) de la posguerra y de los altos niveles de natalidad que han prevalecido desde entonces. De acuerdo con las proyecciones oficiales durante el período de 1960-1970, la fuerza obrera norteamericana aumentará en unos trece millones de personas comparada con un incremento de ocho millones durante la década del cincuenta. El número de personas de dieciocho a veinticuatro años de edad, en su gran mayoría obreros sin experiencia, aumentó durante el quinquenio de 1955-60 a razón de doscientos veinticinco mil cada año. El número de personas en este grupo de edades continuará aumentando durante la presente década y alcanzará un máximo entre 1965 y 1970 cuando alrededor de un millón de personas sin previa experiencia de trabajo (edades de dieciocho a veinticuatro años) se añadirán cada año a la fuerza obrera. (Véase a Philip M. Hauser, *Population Perspectives*, Rutgers University Press, 1960, o a Gertrude Bancroft, *The American Labor Force*, John Wiley and Sons, Inc. 1958).

En segundo lugar nuestros compatriotas han tenido y tendrán que competir, no con los setenta millones de personas que componen la fuerza obrera de los Estados Unidos, sino con el grupo de obreros "no diestros" y "semidiestros" de un par de ciudades—Nueva York y Chicago. Y es precisamente en estos grupos donde el desempleo es verdaderamente crítico en los Estados Unidos. Actualmente, el ochenta por ciento del total de desempleados se encuentra dentro de la categoría de los obreros no diestros y semidiestros. Esto, desde luego, en parte, se atribuye al crecimiento radical observado en el grupo de personas sin experiencia que buscan su primer empleo. En gran parte

también esto se debe a la tendencia creciente hacia el automatismo en la industria norteamericana. No debe haber duda alguna de que ante tal oferta en el mercado obrero de los Estados Unidos, los norteamericanos serán preferidos, sencillamente debido a su superioridad en términos de lenguaje, educación y destreza ocupacional.

La emigración en masa, y por tiempo indefinido, resulta ser una solución muy cara al problema poblacional. Como ha sido hasta la fecha, Puerto Rico ha estado preparando a su gente, pagando los costos de crianza, educación y entrenamiento, para luego ver cómo una parte sustancial de ésta se va a producir a otra parte. Nuestro único beneficio económico, en relación con los emigrantes, es tener aquí menos bocas que alimentar y algún envío ocasional de dinero a familiares o amigos. En términos de promedios, la emigración nos está llevando la gente mejor educada; el promedio de años de escuela completados para el grupo emigrante fue de más de ocho años en 1960, comparado con uno de cuatro años y medio para la población residente.

Al mismo tiempo la emigración se está cebando de los grupos de edades donde la producción económica es mayor. Durante la década de 1950 a 1960 el setenta por ciento de los emigrantes eran personas de quince a treintinueve años de edad. Por esta razón, por estar llevándose más "brazos" que "bocas", la emigración ha resultado en un aumento considerable en la carga de la dependencia. Definiendo personas dependientes como aquellas de menos de veinte años de edad y aquellas de sesenticinco años y más, encontramos que entre 1940 y 1960 ha habido un aumento substancial en la dependencia. En 1940, por cada cien personas en las edades de trabajo (de veinte a sesenticuatro años) había ciento veintidós dependientes (según definidos arriba). Para 1950 esta razón ya había aumentado a ciento treintitrés, y en 1960 subió a ciento cuarenta. Si definimos los dependientes como aquellas personas sin empleo, ya porque estén desempleadas o ya porque estén fuera del grupo trabajador, encontramos la misma tendencia ascendente. En 1940 por cada persona empleada había un 2.5 por ciento de personas sin empleo. En 1950 esta cifra sube a 3.0 por ciento, y en 1960 encontramos que por cada persona empleada había un promedio de 3.3 por ciento de personas desempleadas.

Parece obvio por demás, que la emigración en masa, a la larga, aun cuando represente un alivio para la presión poblacional, es una solución ineficiente y costosa desde el punto de vista económico.

No debe mirarse la emigración, sin embargo, como un simple hecho económico. Los problemas sociales y psicológicos que la acom-

pañan no pueden ser ignorados. La emigración no es simplemente un movimiento físico en el espacio geográfico; la emigración representa un rompimiento con las costumbres, los valores, las tradiciones y las normas culturales. En muchos casos envuelve la separación de matrimonios y de padres e hijos. Casi siempre resulta en un relajamiento de los controles sociales, que los grupos como la familia, la iglesia y el vecindario imponen al individuo. Por esta razón, el crimen y la delincuencia tienden a ser considerables entre estos "recién llegados". Es injusto y a la vez inhumano, pensar sólo en términos de números. Los emigrantes son humanos, tal vez desafortunados, pero aún así humanos. Sus sufrimientos, sus sueños y sus aspiraciones deben ser considerados por aquellos que ven en la emigración la mejor solución para el problema poblacional y a quienes les gustaría que este éxodo de nuestra Isla continuara para ellos poder acomodarse mejor.

Roy G. Francis ha cuestionado, y con razón, la moralidad de este tipo de solución (Véase Roy G. Francis, *The Predictive Process*, The Social Science Research Center, The University of Puerto Rico, 1960.) Desde el punto de vista nacional, Puerto Rico continúa procreando hijos y más hijos, en la completa seguridad de que no todos podrán ser bien cuidados y atendidos y que muchos, tarde o temprano, tendrán que ser enviados a un "tío rico" para que se haga cargo de ellos. Y Francis pregunta, cómo es que un país puede desarrollar una cultura aceptable para su gente, en pleno conocimiento de que es, en el mejor de los casos, un parásito de otra sociedad, vaciando en ésta cientos de miles y eventualmente millones de hijos indeseados.

Alegarán algunos que a nadie se empuja ni se obliga, que la emigración es una cosa voluntaria. La emigración de las masas podrá ser un movimiento "libre", voluntario no. Libre, porque es cierto que a nadie se obliga a dejar su tierra, pero no voluntario porque en la inmensa mayoría de los casos se hace contra los mayores deseos y la voluntad. Son las condiciones políticas, como en el caso de Cuba, o las condiciones socio-económicas, como en el caso de Puerto Rico, lo que empuja a las masas a emigrar y no el espíritu de aventura.

Muchas y muy interesantes han sido las respuestas ofrecidas como explicación para la baja en la emigración, observada durante los últimos años. Algunas personas, economistas entre ellos, aseguran que este es el resultado lógico del progreso económico extraordinario alcanzado en Puerto Rico. Sin negar el extraordinario avance habido en el campo económico en la Isla, lo cierto es que la fuerza mayor que empuja al isleño a emigrar es el desempleo. Y este aspecto, todos sabemos, sigue siendo uno de los dolores de cabeza de nuestro Gobierno.

Algunos estudiosos de la demografía sostienen que el descenso en la emigración se debe a la situación del desempleo en los Estados Unidos, relación ya discutida en párrafos anteriores. Este hecho, a mi juicio, tiende a explicar parte del fenómeno, pero no todo, como veremos más adelante.

La más curiosa e interesante de todas las explicaciones, la oímos la semana pasada en boca de un eminente y alto funcionario de nuestro Gobierno. Alega este funcionario que lo que ocurre es que Puerto Rico es un paraíso, al que todo el mundo quiere regresar, aún cuando su situación económica en el continente sea relativamente buena.

Muchas de estas explicaciones, con la excepción de la segunda, a la cual atribuimos parte del fenómeno, están totalmente equivocadas, y en muchos casos han sido ofrecidas para salir del paso y para no divulgar una verdad, que de acuerdo con los criterios del interpelado, es materia confidencial. ¿O es que no hay peor ciego que el que no quiere ver?

La razón fundamental se encuentra, sin mucha dificultad, en los datos oficiales sobre emigración, publicados por nuestro Gobierno. Si nosotros echamos una ojeada a los datos sobre emigración, clasificados de acuerdo con el sitio de nacimiento de los que llegan y de los que salen, nos sorprendemos del hallazgo. Durante los últimos años la emigración de puertorriqueños nacidos en la Isla ha continuado en aumento aún cuando la emigración total se ha reducido radicalmente. Esto se debe a que ha habido un aumento consistente en la inmigración de personas nacidas fuera de Puerto Rico. De esta inmigración de personas nacidas en el extranjero, alrededor de un treinta por ciento son de origen puertorriqueño; esto es, uno o ambos padres son puertorriqueños. Sin embargo, la gran mayoría son extranjeros de ascendencia y nacimiento. Suponemos, ya que los datos no expresan tal desglose, que parte de estos extranjeros son cubanos, especialmente para el año 1961. La magnitud de las cifras nos indican que la gran mayoría deben ser norteamericanos.

En otras palabras, durante los últimos años aparentemente ha habido un intercambio de población en la Isla y no un descenso en la emigración de los puertorriqueños, cuyo éxodo "del paraíso" parece ir en aumento. Aún cuando la magnitud de las cifras se cuestione, lo cierto es, y yo creo que nadie sea capaz de negarlo, que este intercambio de población es evidente, palpable y visible.

¿Cuál es la razón para este fenómeno? Aún cuando no existen datos, es bien sabido que el aumento en el empleo y en la manufactura se debe a industrias cuyos dueños y capital son de origen extranjero. El empleo en la industria de capital nativo ha bajado. Es lógico su-

poner, y es natural, que estos inversionistas e industriales extranjeros prefieran en los puestos de mayor envergadura y responsabilidad personas de confianza, que puedan hablar el inglés con fluidez.

En segundo lugar, es altamente probable, y así tienden a confirmarlo nuestras observaciones e informes, que el programa de industrialización esté creando un buen número de empleos, para los cuales la oferta en el mercado obrero en la Isla es escasa. Como es lógico, esto resultará en una inmigración de personas con las destrezas necesarias del país más cercano y donde la oferta es mayor —de los Estados Unidos. Esta escasez, a nuestro juicio progresiva, se debe a que la enseñanza de artes y oficios ha quedado muy rezagada con relación al desarrollo industrial.

El que esto haya ocurrido en los primeros años del programa de desarrollo industrial no nos extraña; es imposible producir trabajadores diestros de la noche a la mañana. El peligro está en que esta tendencia continúe en aumento, como aparentemente ha venido ocurriendo durante los últimos años, si nuestra enseñanza vocacional no corre paralela al desarrollo industrial. Sin caer en un nacionalismo estrecho, el peligro está en que un programa ideado para brindarle más y mejores oportunidades de vida al puertorriqueño, venga a ser disfrutado por personas nacidas en países de una solvencia socio-económica muchas veces mayor que la nuestra.

Todo depende, claro está, de lo que realmente se desee: si el objetivo es industrializar a Puerto Rico con el principal propósito de que sus fábricas provoquen la admiración de quienes nos visiten para proporcionar satisfacción al *ego* y a la vanidad de los auspiciadores de ese desarrollo, o si lo que se desea primordialmente es llevar felicidad y bienestar al mayor número posible de hogares puertorriqueños a través de una sabia utilización de recursos, que puede incluir a la industrialización simplemente como uno de los medios para alcanzar éste mucho más meritorio objetivo. Porque podría darse el caso de que por este proceso de intercambio poblacional lográsemos crear un Puerto Rico de una muy alta producción industrial, de un ingreso *per capita* fantástico, de una natalidad asombrosamente baja, de una población con un alto nivel educativo, pero cuando fuésemos a hablar de los puertorriqueños tuviésemos que ir a Chicago y a los Barrios del Bronx y Harlem de la ciudad de Nueva York para conseguir los datos necesarios. ¿Acaso no ha ocurrido esto repetidas veces en la historia de la humanidad? ¿Quién no recuerda la triste suerte de nuestros indios americanos?

20 de agosto de 1963.